

**SÁBADO III DE CUARESMA.**  
**CELEBRACIÓN DE LOS 200 AÑOS DEL NACIMIENTO DE S. ANTONIO M.**  
**CLARET**

**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**1 de marzo de 2008**  
**Os 6, 1-6; Lc 18, 9-14**

Queridos P. Provincial y miembros de la Familia Claretiana,  
queridos hermanos y hermanas:

Hay una pregunta que nos habremos hecho muchas veces en nuestra vida de creyentes. Una pregunta que en este tiempo de cuaresma toma un relieve especial: ¿Qué quiere Dios de nosotros? Hoy hemos encontrado una respuesta fundamental: *Quiero misericordia*. Dios quiere que le amemos. Ni ofrendas materiales, ni cumplimiento frío de unas normas. Amor. No es que no puedan tener sentido nuestras ofrendas ni la observancia de sus mandamientos. Tienen sentido en tanto salen de un corazón que ama. *Quiero misericordia*. Y, en cambio, tal como decía también el profeta Oseas, a menudo el amor que tenemos hacia Dios es *como nube mañanera, como rocío de madrugada que se evapora*. El programa cuaresmal consiste en ofrecer nuestro amor a Dios.

Sin embargo, no vale cualquier tipo de amor. No vale un amor hecho sólo de palabras y de deseo. Por eso a la palabra: *Quiero misericordia*, el profeta añadía enseguida *conocimiento de Dios*. Conocer al Señor quiere decir amarlo, pero también, conocer su Palabra, acogerla y ponerla en práctica. Y eso amplía la perspectiva, porque nos damos cuenta de que no solamente hay que amar el Señor sino que el auténtico amor al Señor pasa también por el amor a los otros. He ahí el núcleo de nuestra cuaresma: conocer a Dios, amarlo, acoger su Palabra de vida y amar a los otros, contribuyendo a servirles, a crear una sociedad más justa y solidaria.

Cuando *volvemos al Señor* y descubrimos el amor que nos tiene, nos damos cuenta de que nos vuelve la paz, de que cura las heridas de nuestro corazón, de que *viviremos delante de él*, en su presencia en esta vida y nos promete la resurrección, la vida eterna para siempre. Por eso si amamos a Dios vemos transformada nuestra existencia y descubrimos al otro como hermano.

Hemos escuchado en el evangelio la parábola del fariseo y del cobrador de impuestos. Los dos se dirigían a Dios. El uno, *erguido*, dándole gracias porque era mejor que nadie y cumplía todos los preceptos; pero despreciaba a todo el mundo. El otro, con la cabeza gacha, en el último lugar, simplemente pedía perdón, consciente de sus pecados; y sin compararse con nadie. ¿Cuál de los dos conocía mejor el corazón de Dios? ¿cuál lo amó más? Jesús mismo nos ha dado la respuesta: el cobrador de impuestos o *publicano*. Porque sabía que Dios es compasivo y benigno, rico en perdón, que ama a los humildes y a los pobres que no tienen defensor. El publicano lo amaba porque se sabía querido por Dios, a pesar de su poca correspondencia al amor, a pesar de su infidelidad.

Por eso, el llamamiento a la conversión que se nos hace durante la cuaresma no es más que un llamamiento a corresponder al amor de Dios con amor. Por eso podemos hacer muy bien nuestras otras palabras del profeta: *Vamos a volver al Señor. Esforcémonos por conocer al Señor. Él nos curará. Será como la lluvia tardía que empapa la tierra*. Nos alzarán como personas, a pesar de nuestra fatiga y nuestra posible oscuridad; nos hará levantar como creyentes, perdonándonos, renovando nuestro espíritu y haciéndonos vivir la resurrección de Jesucristo, prenda de la

nuestra.

Toda la acción misionera de San Antonio M. Claret está fundamentada en esta convicción: *Dios es amor* y quiere que lo conozcamos y lo amemos tal como lo ha revelado Jesucristo porque así encontraremos ahora la felicidad y llegaremos a disfrutar la vida para siempre. Ya el pensamiento de Antonio sobre la eternidad a sus cinco años, hace falta verlo en esta clave. Se estremecía al pensar que alguien pudiera quedar privado de la fruición del amor de Dios. Y llevado por su talante compasivo, se propuso hacerlo conocer a todo el mundo. Así lo explica en su Autobiografía: "Esta idea es la que me ha hecho trabajar más y me hace trabajar todavía y me hará trabajar mientras viva, por la conversión de los pecadores" (n. 9), de los que están alejados de Dios.

El P. Claret era consciente de la falta de conocimiento del amor de Dios que tenía la gente, como la tiene también hoy. El amor de Cristo lo espoleaba, como decía su lema episcopal, y por eso escribía: "la finalidad que me propongo es que Dios sea conocido, amado y servido por todo el mundo. ¡Dios mío! La gente no os conoce. ¡Oh, si conocieran vuestra sabiduría, vuestra omnipotencia, vuestra bondad, vuestra belleza, todos vuestros atributos divinos! ¡Todo el Mundo estaría encendido en vuestro amor divino"! (cf. Autobiografía, 202). Consciente de la magnitud del trabajo evangelizador, ruega: ¡"Oh Dios y Padre mío!, haced que os conozca y que os haga conocer; que os ame y os haga amar; que os sirva y os haga servir; que os alabe y os haga alabar. Concededme, Padre mío, que todos los pecadores se conviertan, que todos los justos perseveren en gracia y que todos consigamos la gloria eterna" (ibídem, 233). Y para que su misión llegara a más gente y tuviera continuidad en el futuro, creó un grupo de misioneros, de servidores y anunciadores de la Palabra divina, que, bajo el impulso del Espíritu Santo, se ha abierto posteriormente también a muchos laicos y laicas seguidores del carisma de san Antonio M. Claret. Les dejó bien claro cómo quería que fuera cada uno: "encendido en la caridad, prende fuego por todas partes donde pasa; desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo con el fuego del amor divino. Nada lo echa atrás. Sólo piensa cómo seguirá e imitará a Jesucristo en el rogar, el trabajar, el sufrir y en procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las personas" (ibídem, 493). Los quiere así, y los pone bajo la solicitud amorosa de la Madre de Dios, apelando al núcleo más íntimo de la persona de Santa María simbolizado en el corazón.

Así vivió san Antonio M. Claret, y enseña todavía hoy a vivir la Palabra que hemos escuchado: *quiero misericordia y conocimiento de Dios*. Una Palabra que nos lleva a tomar la actitud del publicano, sabiendo que así encontraremos nuestra alegría más profunda. Con este espíritu dispongámonos a celebrar la Eucaristía.